

Lebret en la Universidad II. Macroanálisis de los hechos sociales

Lebret in the University II: Macroanalysis of the social facts

Louis-Joseph Lebret

En este número de CUADERNOS compartimos con respeto y admiración la segunda conferencia de Louis-Joseph Lebret, fundador de la economía humana, en Montevideo, en el marco del ciclo auspiciado por las facultades de Derecho y Ciencias Sociales y de Arquitectura de la Universidad de la República. Fue pronunciada el 28 de agosto de 1956 en la Cátedra de Sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.¹

Destacamos el año porque, si bien el título de la charla puede asociarse con inquietudes teóricas clásicas, los temas que abordó —desarrollo integral, planificación territorial, clasificación de los procesos de desarrollo— y las perspectivas que introdujo en estos fueron sin duda vanguardistas, y comenzaron a ganar terreno en el campo de las ideas y en las prácticas mucho tiempo después.

En las últimas cuatro décadas se abrió paso y fue ganando terreno en nuestra región el desvelo por la integralidad de los procesos de desarrollo, por el territorio como sujeto, por los vínculos entre desarrollo humano y desarrollo local. Más allá de matices y nuevos desafíos teóricos o metodológicos, esta conferencia es una herencia que merece ser conocida. Confiamos en que el lector sabrá valorarla.

I. G.

El desarrollo integral

Ayer de noche, a aquellos de ustedes que asistieron a la conferencia de la Facultad de Arquitectura, traté de mostrarles cómo el método que presenté ayer de mañana a grandes rasgos puede aplicarse a la transformación de una ciudad: ciudad esta considerada, por otra parte, no exclusivamente en sí misma, sino en función del territorio sobre el cual ejerce su influencia. Quisiera esta mañana abordar un problema todavía más amplio,

1 Véase en *Cuadernos del ClaeH* n.º103, pp. 187-199, la transcripción de la primera conferencia del ciclo mencionado.

un problema muy a la orden del día. La literatura internacional se ocupa de él sin cesar. Es el problema del *desarrollo*. Varios términos están de moda actualmente; el término *desarrollo* me parece el más feliz. Los economistas y los expertos internacionales usan el término *puesta en valor*. Esencialmente, la *puesta en valor* es la puesta en valor de los recursos. Un país dispone de un cierto número de recursos, que no son simplemente físicos, recursos de suelo y de subsuelo, fuentes de energía, etcétera, sino que son también recursos humanos.

La calidad de los hombres, la calidad de las instituciones entran aquí en juego de una manera general; cuando se habla de *puesta en valor* se refiere principalmente a las potencialidades físicas; se trata de la puesta en valor de los recursos naturales y óptimo sería utilizar estos recursos naturales a fin de obtener la cantidad más grande de productos. El aspecto *valor humano* no aparece y se entra en un ciclo de acrecentamiento de la producción en función de las disponibilidades físicas, para obtener alguna cosa que será importante, que no está especificada y ni se sabe bien dónde se colocará en el mercado internacional, ni tampoco cuáles serán las diferentes capas de población o los diferentes pueblos que se beneficiarán; esto es un concepto impreciso.

Otro concepto corrientemente empleado es el de *crecimiento*. El crecimiento económico, en efecto, ha sido objeto de estudio de los economistas durante las dos últimas décadas de una manera intensa. El crecimiento económico se traduce por cifras crecientes de producción, de intercambios. El crecimiento económico aparece pues como un concepto materialista. No se ve en él más que el aumento de una cantidad: de una cantidad de trabajo, de una cantidad de materias primas, de transportes, de productos terminados, de una cantidad de operaciones comerciales.

Para las perspectivas de una economía humana, hay en ello un gran peligro. Se puede, bajo el pretexto de crecimiento, llegar a demoler a los hombres. Es suficiente que ustedes reflexionen para ver, en la situación actual de los diferentes pueblos, el grave problema que es el peligro de sacrificar todo sobre la base del crecimiento, sin tener bastante en cuenta la realidad humana que este crecimiento afectará.

Otro término también de moda es *expansión*, bastante semejante al término *crecimiento*. Pero la expansión es más bien la expansión de una influencia, y esto no tarda en transformarse en la expansión de una dominación. El concepto de expansión se vuelve más fácilmente un concepto imperialista, y los países que están en expansión tienden a ejercer sobre los otros países una presión continua, a fin de mantenerlos en su órbita, en una competencia por otra parte encarnizada con los otros países menos expansivos.

Ustedes ven cómo una serie de términos puede seguramente justificarse, pero cómo ella presenta peligros. Por esto es que el término *desarrollo* nos parece mucho más rico en contenido y mucho menos rico en peligros. Cuando se habla de desarrollo es imposible separar, en efecto, el desarrollo económico del desarrollo humano. El desarrollo se presenta como un desarrollo integral. Así que podemos alegrarnos de constatar que en el conjunto de la literatura de los organismos internacionales es finalmente este el término

corriente. La clasificación misma de los pueblos nos coloca sobre este terreno. Se habla de pueblos muy desarrollados, de pueblos subdesarrollados y no desarrollados. Es el criterio de desarrollo el que sirve para hacer una distinción entre los niveles de vida de los diferentes pueblos y, de hecho, si la escala que se toma sigue siendo la del dólar calculada por cabeza de habitante, se hacen intervenir otros elementos, en particular, el porcentaje de alfabetización, el nivel cultural, etcétera.

Trataremos, pues, de precisar aquello que comprende el desarrollo. El desarrollo en sí es un desarrollo integral. No se trata solamente de obtener un crecimiento en la producción agrícola, o en la producción minera, o en la producción siderúrgica, o en la del cemento, o en la producción de la industria de transformación, o una producción mayor en el rendimiento de los servicios. Se trata, para una población determinada, situada en un territorio determinado, de llegar al máximo de armonía del crecimiento y, como el factor humano está siempre sobreentendido, de un crecimiento que tendrá al hombre siempre como centro.

En las perspectivas del desarrollo, grandes transformaciones vienen por otra parte a cumplirse. Se pensó al principio, refiriéndose a la economía keynesiana, que el desarrollo se cumpliría casi automáticamente por el hecho de inyectar capitales en un país determinado, en cantidad suficiente; este país entraría en un ciclo nuevo, en un ciclo industrial, en un ciclo de intercambios acrecidos y así se cumpliría su desarrollo.

Ustedes deben pensar que Keynes ha establecido su teoría para un viejo país industrial, para un país ya sobreindustrializado, para un país por otra parte en dificultades. La rica Inglaterra se ha constituido en un régimen de liberalismo más o menos auténtico porque ha habido siempre, aun en la época más liberal, muchas restricciones; pero, en fin, en una hipótesis genérica liberal, Inglaterra ha dominado en cierta forma al mundo. Su economía fue una economía dominante. Esto es lo que dio a Inglaterra su gran prestigio internacional y, sobre todo, su gran potencialidad económica. Londres arbitraba verdaderamente la producción y los intercambios en el mundo entero y he aquí que surgen dificultades; he aquí, en particular, que la desocupación, que ha existido siempre en Inglaterra de una manera bastante intensa, toma proporciones considerables. El problema del empleo se presenta entonces y Keynes tuvo el gran mérito de introducir en su teoría económica un factor propiamente humano: el empleo, al mismo tiempo que introdujo elementos psicológicos, como la propensión a consumir y a ahorrar. Esto es lo que ha creado la revolución keynesiana; se pasa del simplismo de las teorías precedentes a algo humano; no es todavía el hombre con sus necesidades, pero sí el hombre con su capacidad de trabajo y con algunas de sus actividades fundamentales en lo que respecta a la economía.

Pero, por genial que sea Keynes, él operaba sobre un país desarrollado, en dificultad principalmente como consecuencia de la desocupación y porque no era ya aquella gran época liberal. Las restricciones impuestas por los Estados a los intercambios y las intervenciones de los Estados en las economías han modificado considerablemente las formas de producción y las formas de intercambio. Encontrándose la teoría keynesiana a la orden

del día, los técnicos que se ocupaban del desarrollo de los países menos desarrollados, subdesarrollados y no desarrollados quisieron aplicar la teoría de Keynes.

Keynes pensaba que inyectando capitales se provocaría un nuevo impulso, una nueva fase de prosperidad. La capacidad de los hombres y el número de técnicos hacen que las condiciones del desarrollo sean muy diferentes de lo que pueden ser en un viejo país ya técnicamente muy avanzado. Partiendo de la teoría de Keynes, una adaptación interesante se puede hacer en los países en vías de desarrollo o subdesarrollados y no desarrollados, en lo que concierne a los multiplicadores o aceleradores. Por ejemplo, si se aumenta el poder adquisitivo de las masas, el deseo de estas de procurarse bienes provoca una producción mayor, con lo que se crea un acelerador del movimiento económico; en los países subdesarrollados no hay simplemente uno o dos puntos de aplicación del efecto multiplicador, sino que se pueden encontrar en gran número.

Toda una teoría del desarrollo podría ser hecha de una manera objetiva. Ello se ha intentado por algunos economistas, pero de manera insuficiente. De hecho, el problema es difícil; por ejemplo, si los países muy desarrollados tienen un cierto número de estructuras bastante semejantes y si el régimen capitalista funciona de una manera bastante uniforme, la abstracción que hace la teoría sobre esta situación posibilita lograr los propósitos buscados.

El comportamiento de los hombres será más o menos aquel que se ha previsto y un cierto número de factores se mantienen constantes porque hay un nivel cultural y un nivel técnico que permiten que existan ciertos equipamientos de base e infraestructuras importantes. No hay mucha necesidad de tener en cuenta esos factores. Se pueden dejar de lado centenas de factores en el entendido de que estos ya fueron logrados y son estables. Entonces, la abstracción de algunos datos permite a la teoría, a pesar de su simplicidad aparente, abrazar la realidad en movimiento. Pero en un país que no está a ese nivel de desarrollo el caso es distinto; no existe esa solidez y consistencia, esa estabilidad de un gran número de factores, de millares de factores que pueden ser reducidos a unos pocos. Estos factores son extremadamente diferentes de un país a otro; por ejemplo, en Irak, Irán, Indochina, América Latina, África negra, donde prácticamente, si se quiere elaborar una teoría del desarrollo, se está obligado a tener en cuenta tal cantidad de factores que la capacidad actual de manejo matemático de estos es insuficiente. Esto no será imposible dentro de unos años, cuando estemos más adelantados en los cálculos por medios mecánicos.

Las Naciones Unidas, después de haber empezado a investigar según las perspectivas de un keynesianismo mejorado o adaptado, no tardaron en darse cuenta, a medida que mandaban sus expertos a distintos países, de que el problema del desarrollo no podría ser considerado como un problema de inyección por lo alto, o como un problema de planificación desde arriba, sino que no habría desarrollo si este no comenzaba por la base. De aquí la importancia dada actualmente en la literatura internacional y en los organismos de las Naciones Unidas al desarrollo de las comunidades de base o pequeñas unidades

territoriales, donde efectivamente se practica la conservación del suelo por la irrigación y los abonos, y donde la cooperación de los hombres efectúa la necesaria unidad para llegar a la prosperidad; así hacen intervenir la serie de factores humanos, el nivel cultural, la preparación técnica y el ambiente común, en el común deseo de llegar, en un gran paso. Al mismo tiempo, las Naciones Unidas, en particular en su opúsculo del año último sobre las medidas a tomar para la industrialización de los países subdesarrollados, han insistido sobre el peligro de desarrollar industrialmente un país, como si la industria por sí misma pudiera provocar fatalmente el desarrollo. Señalemos también la insistencia actual de los expertos sobre la valorización de la tierra, sobre la conservación de la tierra, sobre la organización del territorio para que la tierra produzca más, es decir, la utilización óptima del suelo. Ellos entienden que esto constituye el fondo del desarrollo y la base para que la transformación industrial se realice. De esta manera podrán concretarse la multiplicación y la aceleración.

Se percibe ahora, en la investigación de los economistas y de los expertos internacionales, un aumento de objetividad para lograr un desarrollo verdaderamente integral, desarrollo en el cual la agricultura no sería olvidada en provecho de una industria y en el cual la población misma no sería olvidada, introduciendo el valor humano como un factor decisivo.

Si no hay hombres capaces de orientar el desarrollo, y si no hay en los pueblos hombres capaces de impulsar a la población, de orientar el esfuerzo de esta, entonces el desarrollo será una quimera. El desarrollo, en lugar de asegurar una armonía, provocará una serie de desequilibrios que finalmente crearán obligaciones a los Estados de reparar sin cesar los errores que se han cometido, y de gastar esfuerzos en arreglar lo imposible. Es lo que constatamos actualmente en un gran número de países subdesarrollados o en el comienzo de su desarrollo.

El desarrollo es pues un proceso, un proceso total de transformación de una sociedad y de sus ambientes, de sus medios de producción y de sus modos de relación, con vistas a asegurar al conjunto de los hombres de esta sociedad una vida más humana.

Volvemos a encontrar así la definición que les di ayer, de la economía humana. La economía humana aparece desde entonces a la cabeza de la investigación económica y, si ella no ha encontrado sus expresiones teóricas —que no son tal vez deseables—, sus expresiones empíricas se muestran entre las más útiles.

Clasificación de los procesos de desarrollo

Este proceso puede ser caracterizado por cuatro criterios. Uno de nuestros colaboradores italianos, Sebregondi, que trabaja en la Asociación por el Desarrollo de la Italia del Sur, es quien ha establecido estos cuatro factores en la Conferencia Internacional de Economía Humana de San Pablo, hace dos años.

Primero: el desarrollo integral y armónico debe ser primeramente *proporcional*. Puede ser proporcional a las necesidades. Las necesidades son muy diferentes de una población a otra. Se trata de asegurar el desarrollo en función de estas necesidades, que son a la vez necesidades de consumo directo y necesidades de medios de producción, y que son también necesidades de medios de formación de hombres para las tareas que tendrán que cumplir en el desarrollo. Si no llegamos a hacer proporcional el esfuerzo a las necesidades, tendremos la seguridad de no llegar al fin propuesto.

Segundo: este proceso debe ser *coherente*. No se trata de desarrollo en cualquier dirección y sin objetivo determinado. Este es el error en que han incurrido ciertos malos keynesianos respecto al desarrollo de los países menos desarrollados o subdesarrollados. Si se imagina, por ejemplo, que haciendo carreteras, prestándole a ello todo el esfuerzo, se va a obtener un desarrollo satisfactorio, o bien insistiendo sobre la energía eléctrica, o bien sobre tal grupo de industria, o bien reforzando considerablemente los servicios públicos, si se imagina que por la acción sobre un solo sector se va a animar toda la economía de un país subdesarrollado, esto es una ilusión. En realidad, se arriesga provocar un desequilibrio mucho más considerable. Si un país se arruina demasiado pronto, por ejemplo, al hacer una red de rutas o de energía eléctrica, entonces no va a poder, al mismo tiempo, hacer sus equipamientos sanitarios y sus equipamientos culturales. No va a poder reorganizar el conjunto de sus servicios administrativos y va a capotar, porque los hombres no habían estado preparados para poner en valor aquello que teóricamente debía ponerse en valor por medio del mejoramiento de la red de rutas, ferroviarias, de bancos o de la red energética. Todos los sectores, al menos todos los sectores de la actividad y de la producción, todos los sectores de servicios, deben ser considerados para que el crecimiento sea coherente. Ningún sector debe ser olvidado y, sobre todo, aquello que es lo más importante.

Del estudio que estoy haciendo en Colombia, el sector educacional aparece como el sector más importante, aquel que determinará todo, aquel sin el cual nada sería posible. Si este sector no tiene las dimensiones debidas, será ilusorio pensar que el desarrollo se materializará con un sentido verdaderamente civilizador.

Hemos visto, en una estructura verdaderamente edificada como la soviética, provocar grandes desequilibrios comprometiendo el desarrollo integral de un conglomerado humano por haber dejado de lado algunos de los sectores.

La coherencia del desarrollo no quiere decir que haya sectores que sean más importantes que otros, por los que otros deben ser sacrificados. Hay períodos, en un país, donde es el esfuerzo ferroviario y de comunicaciones en general el que debe primar sobre los restantes. Habrá otro momento en que el esfuerzo deberá aplicarse a ciertas industrias de transformación, como la textil o la industria mecánica, u orientada hacia los servicios, particularmente los centros de estudio, los institutos de estadística y planificación.

Un país que no está dotado de una buena red estadística y que no tiene oficinas de coyuntura bien montadas, sean cual sean los esfuerzos que realice, será un país que se desarrolla a un costo muy elevado y que tiene todas las posibilidades de caer en un desequilibrio.

Es necesario, entonces, tener en cuenta todos los sectores en conjunto. Pero habrá, en ciertos momentos, un esfuerzo preferencial por tal o cual sector. La planificación debe precisamente determinar, en una cantidad de años dada, cuál es la sucesión de los sectores sobre los cuales es necesario actuar.

Conozco países donde se ha descubierto en un cierto momento que era necesario impulsar tal sector, y que se ha continuado impulsándolo sin pensar que llegaría un día en que esto sería la causa de desequilibrios. Una oficina de coyuntura permitiría determinar y medir este desequilibrio e intervenir para reequilibrar el conjunto.

Tercero: el desarrollo debe ser *homogéneo*. No es suficiente considerar el equilibrio estático en un momento dado, o el equilibrio de fuerzas dinámicas, sino que en un momento dado es necesario que el desarrollo sea como una planta que se pone a crecer. El tronco y las ramas engruesan mientras que las raíces profundizan y también ellas se vuelven de diámetro mayor. El crecimiento de un árbol es un crecimiento homogéneo.

Es también necesario que el crecimiento sea homogéneo no solamente en un momento determinado, y que el esfuerzo por tal o cual sector sea proporcional a los fines propuestos y a las necesidades, sino también que en el desarrollo no se abandone ninguno de los sectores empezados a desarrollar.

Es necesario que todo crezca junto y conservando la armonía. El desarrollo tiende esencialmente a realizar un equilibrio económico. El desarrollo debe ser armónico y, como nosotros no tenemos la ilusión de creer en la espontaneidad de esa armonía, es necesario pensar en crear los organismos de estudio y los organismos de intervención que estarán encargados de restablecer la homogeneidad a medida que comiencen a producirse desequilibrios.

Cuarto: el desarrollo debe ser *autopropulsor*. Es necesario que las estructuras y los dispositivos se pongan en juego y que la organización general de la economía esté ligada a la organización general de los países en desarrollo. Es necesario que todo esto constituya un conjunto que crece armoniosamente desde su interior, y es necesario que la humanidad, la población en cuestión comprenda el porqué de su asociación, el porqué de los objetivos que se persiguen y el porqué de la aceptación de estos, el porqué de las estructuras que han sido montadas. Es necesario que comprenda que las organizaciones que han sido creadas ejerciendo de un modo normal su actividad provocan el crecimiento armonioso.

Como ustedes ven, estamos ante un problema que sobrepasa completamente las precisiones estrictamente matemáticas. Estamos en presencia de una asociación de la población, en un esfuerzo ordenado, creador, porque la población ha comprendido y porque ella está orientada hacia objetivos del bien común. Nos encontramos así con que el desarrollo crea el problema de la nueva civilización.

Es la humanidad aprendiendo con las ciencias modernas, con las técnicas modernas, con las posibilidades modernas; es la humanidad aprendiendo, por pequeñas unidades, por unidades medias y por grandes unidades, a dominar su destino.

Estamos muy lejos, en esta perspectiva del desarrollo, de que esto se produzca automáticamente o simplemente por inyecciones de capitales bases, y menos aún por la decisión de «arriba» o por una decisión del exterior.

El desarrollo hará la grandeza de los pueblos, siempre que estos sean capaces de realizarlo en una perspectiva de bien común.

La planificación territorial

Me referiré ahora a un concepto que se utiliza cada vez más, que nosotros en Francia llamamos *l'aménagement* y que los alemanes y holandeses llaman la *planificación del espacio*. No son conceptos rigurosamente iguales pero sí son paralelos. Los italianos han reservado el término *desarrollo* para aquellas operaciones que nosotros los franceses llamamos operaciones *d'aménagement*.

Observemos un territorio y la población que lo ocupa. El problema consiste en saber cómo hacer para asegurar el desarrollo y el uso que se hará de ese territorio, qué equipamientos se suministrarán a este territorio y a la población para asegurar el desarrollo. Es un problema concreto y que no puede resolverse en función solamente de una teoría o de una doctrina, sino que debe ser precisado poco a poco sobre el terreno.

El problema está muy a la orden del día actualmente. Desgraciadamente, parece ser que el equipo que se ocupaba de estos problemas en Chicago ha sido dispersado por una serie de presiones, al parecer no muy honorables, de potencias interesadas.

En Europa se constituyó el año pasado un comité internacional para la planificación territorial. Uno de mis jóvenes colaboradores fue nombrado su secretario. El comité se establecerá ahora en Bruselas.

En Naciones Unidas, un gran número de expertos se ocupa cada vez más de la planificación territorial, planificación que busca todavía su método, el que tiende a precisarse de una manera no única, pero sí con una cierta unidad.

El método que nosotros empleamos, y que nos es propio, se parece, sin embargo, en ciertos aspectos a aquellos de otros especialistas en esta materia. Estos expertos no son muy numerosos; yo diría que no pasan de algunas decenas. Pero como se trata de algo tan importante, nada menos que de permitir a la humanidad salir de sus *impases*, resulta claro que existe aquí para los jóvenes una vía de empleo extremadamente promisoria. Aquellos de ustedes que tienen capacidad de formarse como *planificador territorial* encontrarán ciertamente en los años futuros mucho trabajo, porque el llamado de los pueblos subdesarrollados es considerable y se envía a ellos, a menudo, a especialistas estrechos que no son capaces de dominar estos problemas.

Actualmente, el experto que se exige no es ya el experto de un solo sector, por ejemplo, capaz de orientar en la rectificación de un río o de canalizar la rectificación teniendo en cuenta a la vez las necesidades de riego, de drenaje y necesidades energéticas y de

navegación. El planificador no es ya un especialista sin visión; muy por el contrario, deberá tener una visión amplia de los problemas y deberá saber hacer uso de especialistas. Actualmente se siente la necesidad, en los medios internacionales que se ocupan de planificar y desarrollar, de hombres de síntesis, que sean capaces de enfocar el conjunto de los problemas de desarrollo, de dominar el conjunto de los sectores. Es evidente que estos hombres deberán tener una preparación mucho más grande que aquella de un simple economista o de un simple urbanista o biólogo. Es necesario consagrar diez, quince o veinte años de su vida a explorar los diferentes dominios del saber, no en estudios teóricos sino en estudios prácticos, manteniéndose continuamente en contacto con los especialistas. De esa manera, una generación de hombres nuevos permitirá a la humanidad responder a los problemas que se planteen. Uno de los problemas más grandes es ese crecimiento demográfico ultrarrápido, común al conjunto de los países menos desarrollados. Esto significará la duplicación de la población en veinticinco o treinta años.

La humanidad tiene ante sí los problemas más terribles que jamás haya tenido que enfrentar; si no hay hombres prontos, que sepan utilizar las energías del suelo, del subsuelo, y las potencialidades de la tierra para responder al llamado que los hombres van a hacer, entonces nos arriesgaremos a la más grande de las catástrofes, que se traducirá en hambres locales, provocadoras de reacciones internacionales y motivando un estado de desorden político en el mundo. Es necesario preparar hombres de síntesis, planificadores capaces de enfocar la totalidad de los problemas que se presentan a una población determinada, viviendo en un territorio determinado y que sepan precisar la totalidad de las estructuras y la totalidad de su evolución y arbitrar, en función de esa realidad, las operaciones que sea necesario efectuar.

Entonces, yo los invito, al menos a algunos de entre vosotros, a especializarse en esta materia, lo cual será muy útil al mundo. En nuestra concepción de la planificación, que es una concepción de economía humana, es evidente que todo se ha de centrar sobre el hombre y que todo va a ser dependiente de la necesidad humana.

La primera cosa a conocer es el nivel de vida de las poblaciones o, más exactamente, en lenguaje estadístico, el nivel de vida de las subpoblaciones. Se llama *subpoblación* a todo grupo de individuos comprendido en una población, pero que se estudia aparte porque presenta problemas especiales. De esta manera, tenemos que puede haber subpoblaciones locales, subpoblaciones de género, de trabajo, y también subpoblaciones de nivel de vida.

Si se quiere saber las necesidades de una población es necesario saber cuál es su nivel biológico, su nivel doméstico y el nivel de la dueña de casa; es necesario ver también los recursos de que dispone la población, tanto en lo que se relaciona con la calidad del suelo como en la capacidad de aquellos para hacerlo rendir. Con un mismo suelo dos hombres obtendrán resultados extremadamente diferentes; se puede decir, del orden de 1 a 100. El agricultor que conoce a la perfección su oficio puede producir actualmente diez veces más que el agricultor que no tiene de tal nada más que el nombre, pues trabaja la tierra con métodos en desuso.

Volviendo a nuestro asunto, será necesario también conocer la vivienda; a la vez que el conjunto de viviendas que constituyen la aglomeración, cada una de ellas en particular; el nivel escolar; el grado de instrucción actualmente adquirido por el pueblo y el dispositivo que permitirá aumentar esa instrucción; el equipamiento escolar.

Logramos así conocer una serie de niveles característicos para una ciudad, para un barrio, para pequeñas ciudades, pero que ya sitúan a esta subpoblación en relación con todos los problemas de la vida, que la sitúan de una manera favorable o desfavorable.

Estos niveles de base deben ser entonces estudiados con precisión y, por encima de ellos, un cierto número de niveles más o menos dependientes, o más o menos autónomos, como el nivel familiar, la vida social, la vida municipal, la vida cívica, la vida de esparcimientos y la vida cultural. Si se estudian estos niveles de vida por zonas homogéneas (ya me referí a esto anteriormente), se podrá concretar sobre un territorio el estado en que se encuentra la población, haciendo naturalmente en cada zona homogénea ciertas discriminaciones cuando existen capas de población muy diferentes. Por ejemplo, para estudiar ciertas zonas homogéneas será obligatorio hacer cortes a fin de estudiar aparte el nivel de los grandes productores, de los pequeños y de los simplemente obreros agrícolas. En ciertos aspectos y para ciertos sectores del análisis, se tendrá que hacer intervenir la estratificación social.

Cuando ustedes hayan ordenado su trabajo, entonces podrán percibir que hay insuficiencias; por ejemplo, la insuficiencia escolar, residencial, urbanística, o insuficiencia en el conocimiento de la función doméstica y, a veces, la insuficiencia municipal.

En su país creo que la insuficiencia municipal sería generalmente muy profunda, dada la estructuración actual de sus unidades territoriales.

Luego viene la comparación. De esto ustedes podrán concluir sobre lo que sería posible hacer, no en las normas de lo deseable; las normas de lo deseable son siempre muy elevadas. Pero el análisis entrenado puede percibir, en función de lo que existe y en función de la situación general del país en estudio, qué sería posible en diez, quince o veinte años. El programa se establecerá de ese modo en función de lo real, y será así el más conveniente, el más necesario a esa región y a esa población en particular.

Nuestro estudio se orienta hacia un desarrollo que será objetivo, apartándose de un desarrollo intuitivo, obra de la intuición de responsables en un momento dado pero que, sin estudios previos, ponen en ejecución proyectos que en la mayoría de los casos quedan en el papel o no son terminados porque se revelaron inútiles o demasiado caros. Es la objetivación del esfuerzo a cumplir lo que va a dar el orden de importancia, el orden de urgencia.

Evidentemente, una vez determinada una necesidad y estimada con el máximo de precisión —esta necesidad es humana, es una necesidad de colectividad—, el problema no está aún resuelto. Estas necesidades deben expresarse en necesidades de equipamiento; por ejemplo, el equipamiento escolar o el sanitario son fáciles de determinar y su costo puede ser fácilmente estimado. Más difícil sería expresar cuál será el costo del personal que en diez o quince años será necesario para que la población esté normalmente asistida.

Cuando se trata de la producción agrícola o industrial, o de la futura estratificación de los servicios, el problema se complica más. Es necesario hacer intervenir un estudio de un tipo muy diferente: el estudio de las potencialidades y de las posibilidades.

Las potencialidades son las capacidades que se le encuentran a una población afinada en un territorio determinado para asegurar su desarrollo. Veremos enseguida aparecer un cierto número de planos, los que serán necesarios para estudiar las potencialidades. Planos de suelo y subsuelo, la calidad del suelo, el clima y microclima, la facilidad de irrigación y dificultades de drenaje, etcétera, nos permitirán estimar la calidad del suelo y, en definitiva, la producción agrícola.

Pero hay grandes peligros como consecuencia de la transformación que se efectúa en el suelo por obra de las lluvias, de la composición química, etcétera, efectos que pueden ser muy acelerados por formas de mejoramiento o de conservación defectuosas o por malos procedimientos de cultivo.

Nos encontramos frente a problemas a largo plazo importantes. Todas estas consideraciones nos llevan a la determinación de las potencialidades del suelo. Las potencialidades del subsuelo están determinadas por la riqueza en minerales, trátase de minerales energéticos líquidos o sólidos, trátase de minerales propiamente dichos.

También es necesario tener en cuenta los equipamientos, las infraestructuras, la red de caminos, de vías férreas, de vías fluviales y la red de puertos, así como también el estado actual de las potencialidades energéticas y la determinación de cuáles son suministradas por el agua, por el carbón, por la madera o por el petróleo. Sobre estas infraestructuras se apoya un cierto número de industrias básicas. Se considera generalmente que estas son la industria metalúrgica pesada, la del cemento, la del vidrio, etcétera. Un país que no las posee, o que no puede tenerlas, se encontrará siempre en un estado de dependencia económica frente a otros países. Por el contrario, el que las posee puede aspirar a una gran autonomía económica.

Puede ser en extremo oneroso y perfectamente ridículo para ciertos países querer poseer estas industrias, a pesar de saber que jamás estarán en las mismas condiciones que otros países en el plano de la potencialidad y la independencia económicas. Las razones, por otra parte exteriores, como el temor de guerra, pueden llevar a las naciones a equiparse en el sentido que nos ocupa, a cualquier precio, y a constituir *stocks* enormes de materias primas. He aquí una anomalía.

Estos equipamientos de base no deben ser calculados únicamente en función del costo, sino que deben estar en función, por ejemplo, en caso de crisis mundial, de la seguridad de la nación y en función también de la reducción de la desocupación.

En fin, se trata de problemas complejos. Después de las industrias básicas es necesario estudiar las industrias de transformación, evidentemente en función de las materias primas nacionales.

Luego es necesario el estudio del conjunto de servicios: servicios comerciales, de transportes, técnicos, y el conjunto de las administraciones, sean estas públicas,

semipúblicas o privadas, que van a permitir, al conjunto económico y a todo el conjunto humano, funcionar, girar.

Todos estos estudios son necesarios para percibir las estructuras, percibir las tendencias y determinar las potencialidades.

Es necesario acordar una importancia primordial a los factores humanos, a la masa humana, a la población humana en cuestión, según el grado de alfabetización, su grado de salud, su tipo de alimentación y su dieta alimenticia.

Esa población puede estar en condiciones completamente deficientes en lo que respecta al trabajo, respecto al medio, rendimiento o aceptación del trabajo, y también con respecto a la paz social. Agreguen ustedes, todavía, un estudio respecto a las condiciones de la mano de obra, de las capacidades y las disponibilidades de trabajo y también un estudio sobre la universidad. ¿Forma ella efectivamente individuos útiles? ¿Forma demasiados abogados y médicos, por ejemplo, y pocos ingenieros y astrónomos?

Son estos problemas que se dan conjuntamente en los países en curso de desarrollo. Yo entiendo necesaria la intervención en este problema porque, de lo contrario, se arriesga que alguna rama de la universidad produzca demasiado en detrimento de otras más necesarias para el país. Yo no digo una intervención que imponga una vocación, pero sí que oriente la enseñanza en función de necesidades previstas a corto y a largo plazo.

En fin, también es necesario ocuparse de la capacidad de ahorro de la población, ya se trate de la capacidad familiar o se trate de ahorro hecho por las industrias o por las empresas agrícolas, de la capacidad de autofinanciación o de ahorro forzado impuesto por el Estado a modo de impuesto o de empréstito forzado. Todo esto constituye el ahorro y la capacidad de colocación del capital.

Según la capacidad de colocación de capitales de un pueblo, su posición frente a sus problemas de desarrollo es completamente diferente. En países cuyos nombres no diré, la capacidad de ahorro parece ser suficiente para asegurar el desarrollo autónomo, pero un espíritu de especulación hace que la mayor parte de los ahorros se desvíe de una colocación productiva del capital, que especula sobre tierras, sobre inmuebles, sobre cambios, obligando así a esos países, en muchas ocasiones, a arrojarlos en brazos de otras naciones o a pedir ayuda a los organismos internacionales, en tanto que podrían, muy fácilmente, por sí mismos, ser capaces de asegurarse sus propias necesidades.

No he dicho a ustedes, aún, que todos estos estudios de potencialidades es necesario confrontarlos con sus posibilidades, percibiendo al mismo tiempo las dificultades que impiden que las potencialidades puedan realizarse.

En razón de estas potencialidades y de estas posibilidades comparadas con las necesidades, se podrá luego arbitrar. Se podrá entonces aconsejar cuáles son los sectores en que es necesario intervenir, cómo y cuándo, y con qué volumen es necesario intervenir, y también cómo y cuándo podrán ejecutarse las etapas de realización del programa de desarrollo.

Ustedes no podrán cambiar un país si no empiezan por preparar técnicos. Es necesario fundar escuelas, facultades, institutos especiales. Esto tomará cinco o diez años;

es recién a los quince años que podrán tener los hombres que se revelen estrictamente necesarios. Hasta entonces, ustedes estarán obligados a recurrir a expertos extranjeros, más o menos competentes, que pasan como meteoros por el país, sin conocerlo a fondo, sin psicología para percibir sus peculiaridades.

Se puede ver bien cómo, finalmente, se concreta un programa a título indicativo, por el arbitraje entre las necesidades, las potencialidades y las posibilidades, el orden de importancia, el orden de urgencia, todo esto escalonándose en el tiempo y presentándose evidentemente como un consejo. El especialista de la planificación no es el hombre político.

Es este, el hombre político, el que tomará las decisiones, pero después de establecer equipos de planificación que puedan ayudarlo a percibir la estructura, las tendencias, las necesidades, las potencialidades y las posibilidades. Si no lo hace, derrochará el dinero y provocará desequilibrios, aunque sea muy inteligente y tenga una instrucción colosal.

Los estudios no deben cesar una vez comenzados, porque esos estudios no son un acto a determinar de golpe, sino que son un acto continuo en el seno de un organismo también continuo. No es suficiente una oficina de estadística; no es suficiente tener una oficina de coyunturas; es necesaria también la oficina de planificación.

Yo no digo que se trate de una planificación rígida, a la manera soviética, sino de una planificación de orientación de la legislación, para que no se cometan burdos errores, por ejemplo, en cuanto al uso de la tierra, en cuanto a la especulación sobre el crecimiento de las ciudades. Existe en este problema una serie de posibles intervenciones que, de no efectuarse, costarían ingentes sumas de dinero y el riesgo de crear una situación inflacionista. Todos estos son hechos, problemas, que se encadenan. Pero el político así iluminado es un hombre cuya intervención será mucho más fecunda, más eficaz, y cuyos errores serán inmediatamente percibidos y reparados.

He aquí como del análisis de los hechos sociales enfocados en todas sus dimensiones, en sus dimensiones propiamente humanas, propiamente sociológicas, económicas, demográficas, geográficas, puede hacerse que la humanidad triunfe ante los desequilibrios que ella misma ha creado en su propio seno.

La humanidad se encuentra todavía en un periodo infantil, de absorción de las técnicas y con la obligación de proveer dentro de cuarenta y cinco años las posibilidades de una vida humana a una población dos veces mayor.

Jamás la humanidad tuvo ante ella tales problemas, jamás ha llevado en ella tales contradicciones ni tuvo jamás una tal integración de necesidades. Se trata de saber si la humanidad será capaz de responder a estas conjeturas o, por el contrario, si caerá por impotencia, conservando los yerros primitivos.

He terminado.

